



La escena del crimen

Mario Szichman

Era como la escena de un accidente, o de un crimen: un sitio donde los objetos de uso cotidiano servían para circunscribir una tragedia. Y los espectadores que deambulaban por los corredores del Museo Metropolitano de Arte, en Nueva York, en agosto de 2009, pasaban por el lugar haciéndose cómplices de la conmoción. Y la conmoción era una secuencia pictórica difícil de olvidar.

El punto culminante de la “Centenary Retrospective” de Francis Bacon fue el *Tríptico en homenaje a George Dyer (1971)*, amante y compañero del pintor, quien concretó exitosamente

su tercer intento de suicidio el 25 de octubre de 1971. El suicidio de Dyer fue una extraña manera de celebrar el mayor triunfo que tuvo Bacon en vida, cuando se inauguró una exposición de sus obras maestras en el Grand Palais, en París. Como en intentos anteriores, Dyer eligió el cuarto de hotel de una ciudad foránea para ingresar a la eternidad.

Cuando el gerente del hotel llamó a Bacon al Grand Palais para informarle del suicidio de Dyer, éste reaccionó primero con estupor, y luego con distanciamiento. Tras abandonar el auricular del teléfono, Bacon tomó del brazo al entonces presidente francés Georges Pompidou, le mostró sus obras más preciadas y no ahorró detalles para explicar su composición. Luego, el artista atendió una cena a la que asistieron varios centenares de personas. Días después comentó, aludiendo al suicidio de Dyer: “La muerte contribuye a veces a realzar la vida”.

Gritos y susurros

La exposición para celebrar el centenario del nacimiento de Bacon comenzó en la galería Tate de Londres, el 11 de septiembre de 2008, y se prolongó hasta el 4 de enero de 2009. De allí pasó al Museo Nacional del Prado, en Madrid, donde congregó nutridos espectadores entre el 3 de febrero y el 19 de abril. Finalmente, la exposición tuvo como recinto el Museo Metropolitano de Arte en Nueva York. La retrospectiva se inauguró el 20 de mayo de 2009, y hasta su clausura, el 16 de agosto, gran cantidad de personas visitaron las salas donde se exhibían las obras más famosas de Bacon.

Si bien en Londres y en Madrid abundaron los elogios, cuando la exposición pasó a Nueva York menudearon las críticas, pues varios tiburones del arte aprovecharon la coyuntura para vender basura. John Richardson, un veterano conocedor de Bacon y de su obra, lamentó que el anuncio de la exhibición “con sus nubes de hipérbole”, tuviera como trasfondo “la venta de un llamativo tríptico en 86 millones de dólares”. Además, señaló Richardson:

[...] aquellos preocupados por la integridad de la obra de un artista se sienten afligidos por la aparición en el mercado de pinturas que, aunque hubieran sido creadas por Bacon en su totalidad, éste nunca hubiera permitido que salieran de su estudio (*The New York Review of Books*, 17 de diciembre de 2009).

Aunque Bacon ha concitado la admiración de los críticos, siempre ha despertado sospechas. Peter Schjeldahl, uno de los mejores críticos de arte neoyorquino, tuvo que aclarar en su reseña de la retrospectiva que Bacon “ha sido para mí el menos favorito de los grandes pintores del siglo XX” (“Rough Stuff”, *The New Yorker*, 1 de junio de 2009). Y el antes citado Richardson, aunque elogió su capacidad como pintor dijo también que Bacon no sabía dibujar. “Pintura tras pintura ha quedado estropeada por su incapacidad para articular una figura o su espacio”. El cronista dijo que, en cierta ocasión, el dueño de un restaurante francés le pidió a Bacon que hiciera un dibujo en su libro de visitas. El pintor se sintió tan avergonzado por su falta de destreza en el dibujo que duplicó la propina y salió del lugar como alma que lleva el diablo.

Por lo general, las críticas de Schjeldahl o de Richardson suenan plausibles —¿dónde termina el arte de Bacon y comienza el exhibicionismo más chillón?— y en otras ocasiones desdeñables —¿fue alguna vez imprescindible que un pintor supiera dibujar, si dibujar consiste en conocer el dibujo, en lugar de conocer los instrumentos que nos permiten dibujar?—, pero, al mismo tiempo, resultan incompletas. Bacon es más que la suma de sus partes. Su indeleble sello es como la marca que han dejado Goya o Picasso en sus trabajos más recordados. (Alguna vez habría que analizar por qué *Saturno devorando a un hijo* sigue siendo una obra maestra de Goya, aunque recientes análisis demuestran que no fue su autor).

Para eso, hay que retornar al *Tríptico en homenaje a George Dyer*, rodeado de elementos sórdidos. Es obvio que Bacon no sólo describió, sino que también aprovechó el suicidio de Dyer. El problema es: ¿dónde concluye la moral y comienza el arte? ¿Es cierto, como señalaba William Faulkner, que *La oda a una urna griega*, de Keats, vale un sinnúmero de ancianas? La deplorable personalidad de Bacon nutrió a sus pinturas de algo que trasciende al propio artista. Si el *Tríptico en homenaje a George Dyer* nos conmueve, es a pesar

de las efímeras, mercenarias o egoístas razones de Bacon. Ese tríptico no será fácilmente olvidado. Y su brutalidad no necesita explicaciones, aunque la explicación va profundizando su impacto y permite descubrir por qué el mejor arte abstracto nunca podrá competir con el arte figurativo, inclusive aquel que no es tan relevante.

Hay diferentes maneras de acercarse al tríptico donde se anuncia y de cierta manera se celebra el suicidio de Dyer. Una de ellas es ignorar totalmente de qué se trata (para ello la sala de exposición debe estar totalmente vacía) y observarlo. A la izquierda del tríptico hay una figura yaciendo, posiblemente, en su propio vómito. Y al costado derecho hay un retrato de un ser deforme que se refleja en una mesa. Pero el reflejo en la mesa es en tres dimensiones, una especie de trampantojos como aquellos que deleitaban a los renacentistas. Y la parte central del tríptico es la de un ser humano colocando la llave en una puerta para ingresar a una habitación. La alfombra donde apoya sus pies es púrpura y se extiende hacia un tramo de escaleras. No es necesario más para anticipar la tragedia. Bacon pensó de manera obsesiva en despedirse de Dyer con esa despedida de Dyer del mundo de los vivos.

El espectador que ignora la tragedia al acercarse al tríptico, pero que está rodeado de espectadores, presente de inmediato que hay algo especial en esa secuencia. Y la tensión es palpable. Similar a la que rodea otras obras célebres de Bacon, como el *Auto-retrato*, de 1973 o su *Study after Velázquez of Pope Innocent X*, de 1953, con un Papa desgañitándose en alaridos.

Bacon supo mezclar la tragedia en su vida cotidiana, y fue deambulando entre obras memorables y una banalidad que nunca se encuentra, por ejemplo, en su admirado Picasso. Pero el sello Bacon está ahí para quedarse. Kafka siempre pensó que la redención solía estar encubierta por medidas inadecuadas, inclusive infantiles. ■

Mario Szichman (Argentina)

Novelista y ensayista. Entre otras obras ha escrito: *Los judíos del Mar Dulce* y *A las 20:25 la señora entró en la inmortalidad*, así como los ensayos: *Miguel Otero Silva: mitología de una generación frustrada*, y *Uslar: cultura y dependencia*. Szichman vivió más de una década en Caracas. Reside en la actualidad en Nueva York, donde trabaja como corresponsal de varias publicaciones y como traductor.